

EL REBELDE

VOCERO LIBERTARIO

Epoca 4ª Núm. 21 | Orizaba, jueves 9 de agosto de 1923 | Precio del ejemplar: 5 cs.

Sebastián San Vicente Fue Desterrado

El día 16 del mes pasado fue embarcado rumbo a La Coruña, España, el compañero Sebastián San Vicente, por el delito de haber nacido en el otro lado de los mares y trabajar en este país de los Gasca y Obregones, por las libertades humanas.

«El Dictamen» del día 17, al referirse a la deportación del extranjero anarquista, dice que el gobierno tuvo la feliz concepción de guardar absoluta reserva, ya que se trataba de un peligrosísimo personaje desterrado ya en 1921, y que repetidas ocasiones había escapado de manos de la reservada.

En efecto, efectuada su aprehensión en la capital, nadie había podido localizarlo, y los compañeros de la ciudad de México pasaban el tiempo en andar de comisaría en comisaría y de palacio en palacio, entre tanto en Veracruz se le tenía rigurosamente incomunicado en la Mayoría de la Plaza, con centinela de vista y emplazada una ametralladora en el lado izquierdo de la puerta de su encierro.

Víspera de su destierro, los compañeros de Veracruz descubrieron su estancia y lograron saber por él, que sería embarcado al día siguiente y que solicitaba le proporcionaran ropa y recursos, que las agrupaciones de Veracruz y el Sindicato de Inquilinos de Orizaba, pudieron suministrarle el día de su partida.

Pocas fueron las palabras que con él cruzamos, porque los perros de tierra no lo permitían, y los de mar, luego que estuvo sobre cubierta, comprendiendo que ya no estaba al alcance de los trabajadores, lo encerraron en el cuarto de banderas, vejándolo y maltratándolo en persona el capitán del «Alfonso XII».

Lo que brevemente pudo decirnos es que, el día de su aprehensión, fue golpeado en la Inspección General de Policía por el inspector y algunos perros, de cuyos golpes conservaba las huellas.

Y en medio de la indiferencia del elemento trabajador, del beneplácito de los mixtificadores que ven en todo compañero de ideas sanas un peligro para la conservación de sus privilegios, de la irónica sonrisa de los gobernantes que se dicen revolucionarios y de la cobardía de los que estuvimos a despedirle, partió el barco, llevándose a una víctima del brillante artículo 33.

El Ideal Anárquico y sus Detractores

Para muchos de nuestros hermanos de clase, cuán poco comprensibles son las ideas libertarias; cuánta mixtificación han creado individuos cuya malevolencia e interés son tan visibles, que sólo para los bebés pasan desapercibidos.

Cuánto egoísmo, cuánto odio encierra la individualidad de estos detractores, de estos mixtificadores de la idealidad que ilumina el cerebro del elemento productor, el hacedor de todo lo creado material e intelectualmente.

Si algunos de nuestra clase tienen responsabilidad por el estancamiento de la lucha social, son estos elementos que desgraciadamente se han colado dentro de los gremios obreros recomendados por eminencias gubernamentales, con la malhadada intención de crear dentro de nuestra clase prosélitos, esto es, simpatizadores que los defiendan, haciendo causa común con su modo de medrar.

Desgraciadamente, como todo lo malo tiene sus adoradores, y como el cebo de que se valen estos degradados es el paraíso prometido, o sea el escalamiento de los puestos públicos, no faltan incautos que se trastornan con el canto de sirena de estos embaucadores. Y ya sugestionados con la baba inmunda del político, no encuentran otro modo de mejorarse que con el festín electoral, soñando de ese modo llegar al máximo de sus aspiraciones para saciar sus apetitos, sacando de ese modo la tripa de mal año, a despecho de sus hermanos de clase.

Esta es la labor de tales iscariotes, de estos tránsfugas que así desdicen y combaten el ideal libertario, porque convencidos están de que la anarquía no se presta para buscar mojoramiento individual, sino colectivo.

Estos son los que se amparan primero bajo la bandera roja, con la bandera del proletariado, y después cobíjanse con la bandera tricolor, con la bandera gubernamental, con la enseña política.

Para fortuna de los desheredados, pocos son los prosélitos que ayudan a la clase parasitaria, a la minoría de politicastros y vividores que, ilusionados con ser mañana cobradores de mercado, polizontes, defensores de la hiena capitalista, porque los puestos más gordos son para sus compañeros más encompadrados con el capital, desertan de ese modo de las filas proletarias.

Qué decepción, qué desilusión para esos incautos, víctimas del dolo de esos vividores; qué sacrificios tendrán que hacer cuando se convencen de la falacia de esos cínicos sugestionadores de las masas, cuyo sentido común lo tienen en el estómago. Algunos de estos tránsfugas que antes se creyeron anarquistas, hoy los tenemos controlando puestos públicos; otros a quienes la fortuna no ha premiado sus desvelos, se conforman con comisioncitas dentro o fuera del país, pero que no obstante esto, todavía piensan en la silla municipal, donde descansar de sus fatigas obrerísticas.

Pero cuando no han logrado los fines políticos que persiguen, entonces, por despecho, aun se sienten libertarios y desafían a sus enemigos políticos con la revolución social.

¡Pobres ilusos que aun pretenden arrancar de manos del capitalismo el poder gubernamental, cómplices del mismo y de la clerecía, puesto que aspiran a regir los destinos de los pueblos, y, cuando impotentes, el capital y la clerecía los vence, entonces, con el despecho del vencido, asustan a sus contrarios con la tan cacareada revolución social!

* * *

Cuán distinto es el ideal de libertad, igualdad y fraternidad, o sea el comunismo anárquico; ideal sublime que no admite dentro de sus filas sino a hombres honrados, hombres que su ambición no sea más que la conquista completa de sus derechos y la conquista completa de la libertad, no admitiendo más ley que el amor universal, que unirá a todos los hombres de la tierra. Ideal sublime que, derribando todas las fronteras de la tierra, borrará el encono antagónico de castas y de colores, unificando por medio de la ciencia a todos los seres humanos dentro de la más sana fraternidad.

Comunismo anárquico, que traerá la igualdad tan necesaria para las clases oprimidas y explotadas, borrando con esto la explotación del hombre por el hombre.

Idealidad sublime que no admites holgazanes dentro de tu seno, sino a todos los productores, a todos los que con el sudor de su frente y con sus manos callosas conquistan el pan para sus hijos.

¡Anarquía!, concepción única, negación de gobierno, porque nadie es más que nadie para mandar asesinar a sus hermanos. Todos somos competentes para no tolerar la tiranía de nadie, para castigar a los osados que, desoyendo su conciencia, se deciden por la maldad, vendiéndose al que más puede, al fuerte, a las bayonetas.

¡Alerta, compañeros!, duro contra el futurismo político.

FRANCISCO LUNA.

Kurt Wilkens Ha Muerto...

Podríamos decir que Wilkens ha sido asesinado, pero nos atenemos al eufemismo de la prensa burguesa, que llama asesinos a unos hombres y matadores a otros, según sea la calidad de las personas a quienes quitaron la vida.

Cuando Wilkens, cumpliendo con un mandato imperativo de su conciencia, ejecutó al coronel Varela en la capital de la Argentina, los periódicos hablaron de un asesino y un asesinato.

Hace pocos días, un telegrama anunció que un centinela había matado de un tiro al asesino del mencionado coronel, que como se recordará, había pacificado una región, haciendo cavar a quinientos hombres la fosa donde había de enterrárseles después de ser fusilados.

Al coronel Varela se le calificó de pacificador, y de asesino a Wilkens; y ahora, al centinela que lo mató de un tiro en su propia prisión, se le llama sencillamente matador, porque según las normas impuestas por un código, cumplió con su deber.

Cultivemos, pues, el eufemismo, y digamos que Wilkens murió también cumpliendo con su deber, pues al re-

cibir el tiro que le quitó la vida, parece que intentaba fugarse de la prisión. ¡Y nada tan grande como el derecho a defender la libertad que todos tenemos! Tanto cuando lo ejercemos en la calle, como cuando escalamos un muro de una prisión para salir de ella.

Sirvan estas líneas de recuerdo para el compañero Wilkens, que si supo perder la libertad realizando un acto que creyó justo, supo también perder



la vida por la reconquista de la libertad perdida.

Escrito lo que antecede, leemos que se ha declarado la huelga en Buenos Aires, como protesta en contra de la muerte del compañero Wilkens.

(De «Tierra y Libertad», de Barcelona.)

A la Juventud

A ti, juventud; a ti nos dirigimos.

A ti que has emprendido el camino que nos conduce hacia la charca inmunda y cenagosa, origen de la perversidad y degradación de nuestro sér

El camino que has emprendido es el torcido y, por lo tanto, el más difícil para llegar a romper el eslabón maldito que nos esclaviza y nos condena a morir de hambre y de miseria y a sufrir las más horribles vejaciones. Tomando el camino más recto llegaremos a la cumbre del amor y la felicidad de que carecemos y lograremos abolir la esclavitud que nos oprime. Si nosotros tuviésemos la capacidad de los Kropotkine, los Bakounine y los Reclús, etcetera, nos explicaríamos mejor, para que este pequeño escrito llegase a vuestro corazón adormecido y vuestro sér degradado por todos los vicios.

Pero lo que sentimos, en lo poco que hemos aprendido de los grandes maestros anarquistas, lo exponemos ante la juventud, para que abandone los antros en que se envilece y venga a engrosar las filas revolucionarias, y así derribar los obstáculos que se oponen a la manumisión del hombre.

¡Juventud!, en ti se basa la redención de la humanidad que produce y sufre, y tú eres la llamada a romper las cadenas que nos sujetan en campos y talleres.

Nuestros explotadores amontonan el oro en sus gabetas que luego derrochan en orgiásticos placeres, mientras que a los trabajadores nos acorrala la miseria y somos lanzados al arroyo, y si protestamos, muchos de los nuestros riegan las calles con su sangre.

¡Juventud! debes luchar por la libertad del pueblo, abatiendo la tiranía que nos oprime, hasta lograr que en la tierra seamos *todos para uno y uno para todos*, sublime principio de solidaridad que debe encauzar las aspiraciones de los explotados de todo el mundo.

DANTON.

DISCUTAMOS SOBRE ORGANIZACION

Todos, unos más, otros menos, nos lamentamos del sistema de organización, de sus deficiencias, sus procedimientos, sus métodos, y de los hombres que la dirigen; pero nos amedrenta tratar de ella y nos causa pereza laborar por ella.

En efecto, nuestras organizaciones obreras dejan mucho que desear. En su torno se agita un vacío desolador. Los coasociados están continuamente descontentos, ora porque no palpan mejoramiento alguno; ora porque se ven acosados por la misma Unión o Sindicato, que les grava con cuotas, subsidios, multas, colectas, etc.; ora porque sus asuntos se dilatan meses sobre meses tramitándose ordenada y diplomáticamente, resultando a la postre, las más de las veces, una rotunda negativa al objeto que se persigue; ora porque son arrastrados a huelgas que fracasan y que sólo obedecen a fines políticos maquiavélicamente preparados.

Las convenciones se suceden año tras año, discutiéndose y aprobándose largos articulados de peticiones y reglamentación hasta para el régimen interior de cada hogar, o brillantes proyectos y acuerdos, hasta para contrarrestar los vicios individuales, acuerdos que culminan en prescripciones de ley o simples promesas escritas, recalcadas en un empalagoso y kilométrico discurso de algún presupuestívoro que será el uncido con la representación general, primero, y más tarde con el voto público, y quien después de analizar todos y cada uno de los acuerdos de los convencionistas, termina diciendo: "para que estos trascendentalísimos trabajos sean una realidad, es preciso que conquistemos los puestos públicos".

Y pasa otro año, una nueva convención, una nueva oportunidad para pescar algo, un desembolso más de algunos miles de pesos por parte de la Tesorería General de la Nación, o el sacrificio de los agremiados para sostener sus delegaciones, y la vida del paria lo mismo que antes. En el taller, las inconsecuencias y exigencias de los capataces, la tacañería de las industrias, el constante peligro de un accidente o de la pérdida del trabajo. En la casa, los sinsabores de la familia, las enfermedades, la insuficiencia del salario, los prejuicios de la compañera, madre o padre, y las deudas por los vestidos, la renta y hasta por el vicio. En la agrupación, las asambleas monótonas, fastidiosas, en las que sólo se escuchan adulaciones, ataques, intrigas y se toman acuerdos descabellados.

—Más vale no organizarse—declaran algunos compañeros—. Organizados, mejoramos bien poco; desorganizados, no mejoramos nada, pero no contraemos ninguna obligación.

Estas palabras, lejos de ser el saetazo del renegado, como lo creen muchos, son la acusación de la víctima que quiere y siente la necesidad de organizarse, pero no en tales condiciones, y por eso dice "más vale no estar organizados".

Acusan debilidad, efectivamente, de parte de quien las pronuncia, y mucha falta de consciencia, pero también acusan muy terriblemente que nuestras organizaciones obreras no están a la altura de las circunstancias, que no satisfacen las exigencias del proletariado y corren parejas con el pasado, contraviniendo el fin que las motivó y combatiendo las mismas causas generatrices de su existencia.

¿Cómo colocarlas a la altura que les corresponde y hacerlas que cumplan su objeto? Sacándolas del estado de inacción en que vegetan, impulsándolas a dejar su actuación absurda de sombrereos suplicantes y conciliadores y, sobre todo, arrancándolas de las garras nefastas de los social-alcahuetes del capital. Y para ello hay que discutir sobre organización, analizando la estructura de cada entidad orgánica, deduciendo e indagando el por qué de cada cosa, sin temores de ninguna especie y a despecho de los arregla-pleitos que sacan de este estado de cosas buena tajada y, por ende, no quieren que lleguemos a la comprensión de lo que es una organización de clase y para qué debe servir.

Toda organización, por rudimentaria que sea, siendo obrera, tiene como principal objeto la defensa de los intereses de los agremiados (su trabajo, su jornal y su salud); se determina una línea de conducta, precisa la necesidad de conquistar nuevos derechos que, como productora, le asisten, y afirmándose en que sólo quien produce tiene derecho al fruto de su trabajo, se decide a ir en pos de su emancipación de todo parásito y, por lo mismo, declara resuelta y convencidamente que alcanzará la felicidad humana con el derrocamiento del actual sistema capitalista y de cualquiera de su índole, por innecesario y criminal.

En todas las bases constitutivas de las agrupaciones obreras, velada o abiertamente se declara que la base fundamental de la organización es la lucha de clases; que se condena al clero, por embrutecedor; al gobierno, por sostenedor del sistema capitalista, y al capital mismo, por expoliador y detentador de la riqueza social, observándose una práctica bien distinta y hasta contraria.

A menudo unas agrupaciones establecen cuotas para sostemer bandas de música, que galantemente impulsan y dan lucidez a los festivales de las damas católicas, "Caballeros de Colón" o juntas de caridad.

Otras entidades obreras se dedican a respaldar al gobierno por el hecho de que es un compañero el que está en el poder y es deber de "clase" hacer porque tropiece con las menores dificultades posibles, para prestigiarlo y hacer que la sociedad tenga confianza al elemento trabajador; que, a más, denotando su competencia, puede un día, mediante el sufragio, apoderarse de todo el poder. Nada más estúpido que esto, puesto que la burguesía estará siempre alerta para sólo estar empalagando al elemento trabajador con probaditas de miel gubernamental, pero sin dejarle el panal.

A pesar de declarar guerra abierta al capital, continuamente es reforzado y sostenido por sus mismos enemigos, con sus pleitos gremiales heredados de las viejas cofradías de oficio o uniones gremiales, que por los años de 1780 se entregaban a incansables pendencias y litigios de gremio contra gremio y sostenían tenaz lucha por impedir que los aprendices llegaran a oficiales o maestros.

Residuos de esas luchas son el platillo del día; los gremios altos impiden la elevación de los gremios más bajos, económicamente, y las confederaciones se enferman de celo porque surge una organización independiente, a la cual tratan a toda costa de hacer desaparecer o someter a su control, empleando para ello el combate abierto, rompiéndole sus huelgas o facilitando a la burguesía medios para resistir más la presión de los huelguistas.

Para poder notar mejor esta morbosa influencia que determina la ineficacia de nuestras luchas, la inutilidad de nuestras organizaciones y que es la dinámica de constantes traiciones, precisa conocer el germen del mal y poder, lejos de vociferar en contra de la organización, remediar su condición, corrigiéndola.